



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

12 de mayo de 1888

Núm. 28



LA NIÑA Y EL GATO

PIZPIRETA

I

PUES, señor, ésta era una cabrita blanca, la cual, aunque nacida en el monte, estaba llamada á ocupar algún día empleos de importancia; pero, naturalmente, en un principio nadie podía sospecharlo, porque á ninguno no es dado adivinar el porvenir; y cuanto sobre esto van diciendo por ahí los sabihondos, es pura farsa y zarandaja.

La cabrita, más blanca que la nieve, era llamada Pizpireta, sin duda por lo ágil y vivaracha.

No negaremos que, siendo Pizpireta una chivita, fué traviesa y locuela inquieta y revoltosa, como suelen serlo todas las de su edad; pero en cambio pasado algún tiempo, siguió siendo de lo más calavera y retozón que pueda darse; y váyase lo uno por lo otro.

—¡Fiu, fiu... Pizpireta, condenada cabra! Ya se me ha largado al cerro. Apuesto á que se mete en los trigos. ¡Quién sabe si tendremos que andar traella todo el día! Tiene los mismos demonios en el cuerpo.

Tales eran casi siempre las palabras de Tejillos el pastor, el cual de continuo tenía que silbar, gritar, disparar la honda ó blandir el cayado, para atraer á la obediencia á la revoltosa Pizpireta, que unas veces se adelantaba y otras se quedaba rezagada, y no era raro verla en lo más profundo de alguna cima ó en lo más empingorotado de algún peñascal.

A ella le alegraba andarse libre y gozosa por el monte, sin respetos al pastor ni á Tragalobos, su ayudante; perro viejo, veterano guardián, de negro hocico y duros colmillos, con el cual no era dado gastar impunemente bromas. Menos temía, caso de que ella temiese algo, la cabrita Pizpireta, los enojos y los castigos del pastor que las miradas amenazadoras de Tragalobos, el cual desempeñaba el cargo de policía del rebaño con extremoso celo.

—No sé, no sé qué haremos con esta pícara cabra,—decía el pastor.—Es la más endiablada del rebaño; y, lo que es el mejor día, me canso, dejo de buscarla cuando se pierda, y que se quede ahí en medio del monte, aunque corra el pellejo de que la devoren los lobos.

Cierto día se escapó, y, colándose en la huerta del señor Antón, comenzó rebuscar por toda ella una fresca verdura con que regalar su panza; y sabido es que no era tanto el destrozo de lo que podía hacer comiendo como el que causaba triscando y bailando por todas partes.

El rebaño se había alejado; se hallaba allá al otro lado de la huerta, en lo alto de un cerro. Sin duda el pastor Tejillos no había echado aún de menos la cabra.

En la huerta se veían rojos y grandes los tomates, verdes y encarnados los pimientos; con su cobertor de hojas se iban sazando las sandías y los melones; las terrorillas, con paso gracioso y apresurado, caminaban por los surcos picoteando el grano perdido en los rastrojales; *cricreaban* incesantemente con creciente entusiasmo los grillos, cual si comprendiesen que les restaba muy poco tiempo para cantar; el cerrojito seguía sus burlas en el bosque; en la huerta corría por los cuadros el agua de la noria, rodada por el calmucho venerable y paciente asno, el cual, con los ojos medio cerrados á veces, segundando vueltas y resistiendo penosamente al sueño que le producían, sin duda, el monótono crujir del eje y el cadencioso chorro del agua de los cangilones, la llueca, seguida de los veinte polluelos, iba acercándose á recoger, como bu

na madre, sus hijitos en el gallinero, para librarles del vientecillo otoñal, fresco y frío cuando el sol se pone.

¡Qué feliz momento para Pizpireta!

—¿Dónde diablos se habrá marchado esa cabra?—se decía, en tanto, Tejillos,

acercándose con Tragalobos, su perro, y mirándole cual si quisiera exigir de él la responsabilidad por la pérdida de la traviesa Arumiña.

Tragalobos resistió aquella mirada con la imperturbabilidad del que se considera inocente y con la indiferencia del que cree que todo cuanto se haga por reprimir á los seres incorregibles es tiempo perdido.

—Anda, búscala. Tal vez se halle por la otra parte del monte. Cógela y tráela de una oreja, que yo ya le daré un par de estacazos con el cayado: el loco por la pena es cuerdo.

El perro, siempre dispuesto á obedecer á su amo, se alejó olfateando por el suelo por ver

si daba con el rastro de la fugitiva. La buscó primero entre el ganado; y luego, plantando la nariz en tierra, prosiguió por una vereda hasta el otro lado del monte.

Por fin la halló en la huerta; y allá á su modo, entre gruñidos amenazadores, vino á decirle:

—Señorita Pizpireta: la conducta de V. es escandalosa. Cuando se está en un rebaño decente, se tienen más consideraciones y se guardan más respetos. No se parece V., á la verdad, á su madre, Tetagorda, la cual era, como me acuerdo, algo más formal que V. Ea, dé V. vuelta al rebaño si no quiere que le clave los colmillos.

Pizpireta, que oyó hablar de colmillos, dió algunos pasos atrás, bajó la cabeza inclinándola á un lado, y, enseñando los cuernos, se encabritó cual si se preparase á resistir á topetazos, hasta que los fieros ladridos de indignación



Cómo
anda el niño

que lanzó el perro la acobardaron, haciéndola huir en rápida carrera y atrevidos saltos, seguida de Tragalobos, el cual, como ya era viejo, se fatigó pronto, y, dejándose caer jadeante en tierra, se dijo al ver escapar á Pizpireta:

—Anda: vete y no vuelvas; y así te atrape la canalla esta noche y sirvas de cena á la manada de lobos.

—Vaya, ya no me persiguen,—se dijo la cabra.—Así como así, mejor me ando libre por los campos que no entre las imbéciles de mis compañeras y expuesta á que el bruto de Tejillos me largue un golpe, ó el bruto de Tragalobos me descuartice á mordiscos. A mí no ha de faltarme de comer, y con

esto correré mundo y veré nuevas tierras siempre saltando y corriendo como á mí me place.

Andando, andando tropezó con un rebaño de carneros que se hallaban pastando en un prado, los cuales, al verla, levantaron sus pesadas cabezas y empezaron á balar llenos de asombro. A Pizpireta le parecieron aquellos carneros la gente más estúpida del mundo, y apresuró su paso.

¡Ah! ¡Perdida la noche fué terrible! Y cuando á la mañana siguiente apareció el sol y la tierra se hallaba cubierta de escarcha, Pizpireta junto á una roca, temblaba aún de miedo recordando los horribles



Juanito aprende una lección

aullidos de los lobos. Hubiera preferido mil veces, en aquel momento, no haber salido del poder del pastor Tejillos, ó haberse quedado con el rebaño de carneros; y ya iba á arrepentirse de sus calaveradas, cuando acertó á pasar por allí una mujer, que, sin duda, por el traje parecía ser gitana, y, por tanto, mágica, la cual, al ver á Pizpireta, exclamó:

—¡Miren y cómo está aquí lo que yo buscaba! ¡Una cabrita blanca!

Y, diciendo esto, ofreció á Pizpireta un pedazo de torta, y, acariciando con sus manos á la cabra, le dijo:

—¡Pobrecilla! ¡Anda sola por el mundo! Vente conmigo, que voy á todas partes diciendo la buenaventura, y he de enseñarte á hacer mil habilidades; y con esto y con sólo que bailes al son de mi pandero, has de ser admirada y alabada por todas las gentes.

¿De bailar se trataba? No había cosa más del agrado de Pizpireta. Así que siguió gustosa á la mágica, la cual hubo de enseñarla á hacer mil habilidades; y tales, que llegaron en breve á ser el contento de las gentes, pues que la mágica y la cabrita iban de pueblo en pueblo, de villa en villa y

ciudad en ciudad, parándose en las plazas, formando corro de personas á su alrededor. La mágica tocaba el pandero y Pizpireta bailaba que era una maravilla.

—¡La gitana, la gitana, con la cabrita blanca!—decían las gentes, llenas de gozo, enorgulleciendo con los aplausos á la casquivana Pizpireta, la cual no cabía en sí, henchida de contento y de satisfacción, diciéndose:



Juanito aprende una lección

—¡Para que se vea lo que hubiera sido de mí si llego á quedarme en el rebaño!

Cierto que, mientras que la bolsa de la gitana se llenaba de cuartos, Pizpireta no andaba muy bien, puesto que comía poco y bailaba demasiado.

Una tarde, que llegaron á un pueblo próximo á una gran ciudad, dos soldados del rey se apoderaron de Pizpireta, diciéndole á la gitana que aquella cabra sería para el príncipe, el cual se hallaba muy enfermito y los médicos le habían mandado que no tuviese otra nodriza que una cabra.

Y, cogiendo á Pizpireta y á dos chivitos que hacía poco había tenido, los condujeron al palacio del rey.

II

—¡Ahora sí que quisiera yo que me viesen!—decía Pizpireta;—¡que me viesen Tejillos, Tragalobos, las imbéciles de mis compañeras, los estúpi-

dos carneros de mi país! ¡que me viesen poco menos que convertida en princesa, con estos cuernos dorados y este magnífico collar de cascabeles campanillas de plata, siendo nada menos que la nodriza del príncipe Chiribél, y vieran las cortesías que me hacen, y el respeto con que todo el mundo me trata! Cierto que me han separado de mis hijos; pero éstos han de andar hechos, por lo menos, á estas horas, unos duquecitos. A mí nada me falta: todo estoy sobrada: relucen al sol mis cuernos y mis pezuñas bruñidos, y estoy hermosa y blanca como una paloma, siendo, poco más ó menos, casi igual á la misma reina. ¡Lástima grande que no pueda salir sin acompañamiento y que no me sea permitido bailar como cuando me hallaba con aquella pícara magistra que bien engordó á costa mía; ni saltar y correr como cuando me hallaba en el monte. Pero esto sería impropio de un personaje de mi importancia, y ¡por qué tendría que decir la corte si vieran hacer piruetas, triscar ó encaballarse nada menos que á la nodriza de S. A.!

A la verdad que con esto se le pasaban unas ganas de escaparse por la puerta del parque, y de ir á correr alegremente por el campo libre, que al día siguiente, no pudiendo resistir tales deseos, resolvió salir de incógnito, corriendo un poco por el campo á las horas que nadie podría verla y tornar á palacio.

—¡Qué diablo!—se dijo.—¡La cabra tira al monte!—Y escapó.

Pero como el rey andaba por entonces de caza, tomó á Pizpireta por un cazador de cabra salvaje, y, tendiendo el arco, disparó una flecha con tal acierto que hubo de atravesar de parte á parte el corazón de Pizpireta, parando en el momento su fortuna y cortando la vida de la libre aventurera.

JOSÉ ZAHONERO



EL MES DE MAYO

Muchos los meses del año tienen carácter y fisonomía propios. Son doce los meses tan estrechamente unidos, que para diferenciarse el uno del otro les ha sido preciso adoptar galas y distintivos diversos. Así resulta un cuadro más brillante y variado, y ajeno á monótona uniformidad.

Sin que sea el Benjamín ni el primogénito de la familia, hanle correspondido á mayo los más bellos y espléndidos atavíos: por eso todo es hermoso, lírico y poético en este venturoso mes. El cielo parece más azul, el sol más brillante, las noches más serenas y apacibles, y sus luminarias más claras.

diamantinos; y en ese fondo de esplendorosa luz, como golpes de colores brotados de mágica paleta, las flores se muestran con toda su seductora belleza, atrayendo en torno nubes de mariposas y alados insectos que llevan en sus alas las transparencias de las piedras preciosas.

Mas de tan seductores encantos, y que tal cúmulo de bellezas atesora, forzosamente la piedad cristiana debía consagrarlo por entero á la Santa Madre de Dios. Todas las iglesias del órbe católico celebran con faustuosa pompa este mes, todas se afanan á porfía para obsequiar cumplidamente á María; pero, á pesar del fausto y esplendidez de que en las iglesias se hace gala, donde la fiesta tiene más bello carácter y mejor afinidad con el objeto á que se la dedica es, ó en las modestísimas capillas de los pueblos, ó en los conventos y colegios dedicados á la enseñanza.

Allí no penetra la piedad mundana con pompas más teatrales que místicas; allí no se va para dar fe de vida ni atraídos por el aliciente de un orador de moda: se acude movidos de fervorosa piedad, arrobados de puro misticismo. Allí no hay altares ataviados *artísticamente*; pero sobre una verdadera montaña de flores, circuida por infinidad de luces, semejante á flotante banda de doradas estrellas, se descubre la dulce imagen de la Madre Inmaculada, respirando infinita ternura y adorable castidad. Allí no se oyen cánticos *clásicos*, pero los niños dejan oír sus frescas é infantiles voces, que tienen, á veces, la sonoridad de los arroyos, otras el arrullo de los pájaros, y siempre el aliciente atractivo de la espontaneidad. Cuando la fiesta termina, las niñas desfilan delante de la santa imagen, dejando á su pie nítidas azucenas que deben ser el emblema de sus pensamientos y de sus constantes aspiraciones; y entre plegarias y cantos, entre el perfume de las oraciones y el perfume de las flores, se preparan las mayorcitas para hacer su primera comunión.

Sí: antes que el mes termine, llegarán á la Sagrada Mesa, arrobadas en dulce piedad, infinidad de niñas con su traje blanco y su corona de rosas, con el ramo de azucenas y el libro de marfil; bandadas de cándidas palomas que van á fortalecerse con el Pan de Vida antes de entrar en la mundana vida. La primera comunión de los niños es la fiesta más bella, la más hermosa que ofrece el mes de mayo: por eso será siempre, para unos, un mes de esperanzas dulcísimas; para otros, de recuerdos que no se borran; y para todos, el mes de las flores y de María.

Ya que he hablado del traje blanco de las niñas, permitidme que antes de terminar os haga una observación. El traje blanco es símbolo de pureza; por manera que adornarlo con plegados, encajes y demás perifollos es absurdo de gusto detestable, un alarde de ridícula vanidad. La sencillez y la modestia deben resplandecer en vosotras sobre todas las demás virtudes, y nunca debéis ostentarlas más radiantes que el día de vuestra primera comunión.

TRINIDAD DE LA ROSA





Destile por delante de la tribuna regia.—Tienda de campaña.—Esperando la merienda. (Dibujo de P. y Valor)

—NUESTROS GRABADOS—

LA NIÑA Y EL GATO

Aunque este título semeja el de una fábula, no le pareció al autor darle otro para representar su dibujo, ni hubiera sido tampoco conveniente. La conjunción copulativa *y* marca bien la intimidad que reina entre una y otro, formando un armonioso acorde; y, á la verdad, suelen existir siempre muy buenas relaciones entre gatos y niñas.

CÓMO ANDA EL NIÑO

Sólo cuenta doce lunas nuestro pequeño Arturo, pero regordete y sonrosado como un ángel, sólo que aun no puede andar bien: para ir de un punto á otro se arrastra perezosamente sobre el suelo, ó apóyase con las rodillas, ó con pies y manos á la vez. Su hermanita mayor le acompaña muchas veces á fin de acostumbrarle á que se sostenga de pies. Con frecuencia el niño, sin embargo, empuñase en que le suelten, y da dos ó tres pasos solo; pero después rueda por el suelo como una bola, aunque no por eso grita ni llora nunca. Su hermanita le vuelve á coger, la criatura se desprende de nuevo; y así, rodando por tierra y revolcándose en la alfombra, se van desarrollando las fuerzas del niño, que á fuerza de ejercicio no tardará en adquirir suficiente vigor para sostenerse por sí mismo.

JUANITO APRENDE UNA LECCIÓN

El tío Francisco compró un perro para Juanito, quien le puso por nombre *Duque*.

—Juanito,—dijole su madre un día;—¿por qué no enseñas á tu perro á hacer algunas habilidades? Es de muy buena casta, y seguramente aprenderá pronto.

—Muy bien,—contestó Juanito;—¿qué podré enseñarle?

—Por lo pronto le acostumbrás á llevar la cesta que necesitas cuando vas á casa de tu tío á buscar yerbas y flores.

—Eso me gustará,—contestó el niño.

Aquel mismo día quiso hacer la primera pueba, pues debía ir á casa de su abuelo; y al efecto llamó á Duque, diciéndole:—Vamos á ver si te portas bien y llevas esto sin dejarlo caer.

El perro se acercó muy contento, moviendo la cola; sin duda porque comprendía que se trataba de acompañar al chico.

Juanito colocó el asa del cestito en la boca de Duque; pero éste agitó el objeto de un lado á otro, dejándolo caer al fin.

El muchacho volvió á ponerlo de nuevo, pero el resultado fué igual. Duque sacudió la cesta tres ó cuatro veces, y otras tantas la dejó caer sin hacer aprecio del muchacho, que comenzaba á encolerizarse, amenazando al perro.

—Será inútil cuanto yo haga,—murmuró al fin el muchacho;—el cestillo quedará estropeado, y no conseguiré que el perro lo lleve.

Un momento después presentábase á su mamá para decirle lo que pasaba.

—Tienes muy poca paciencia,—dijole su madre.—Se necesita constancia para enseñar, y es preciso que persistas. Tal vez entre los dos conseguiremos el objeto. Te compraré un nuevo cestito y el que tenías servirá para enseñar á Duque. Sobre todo no te impacientes, y piensa que yo he pasado años enteros para enseñar á Duque. Sobre todo no te impacientes, y piensa que yo he pasado años enteros para enseñar á Duque.

Juanito escuchó atentamente á su mamá, y continuó dando sus lecciones á Duque, que á los pocos días sabía ya llevar el cestito bastante bien. El muchacho le enseñó después á mantenerse en pie, apoyado sólo en las patas traseras, y á ir á buscar los objetos que le arrojaba á larga distancia. En fin, Duque supo, al cabo de algún tiempo, hacer muchas habilidades, con lo cual comprendió que su mamá tuvo mucha razón al aconsejarle la paciencia.

Al enseñar á su perro, Juanito pudo comprender también cuánta paciencia y constancia debió tener su mamá para enseñarle á él; y las lecciones que daba á Duque eran á la vez provechosas para Juanito.

MADRID: EL FESTIVAL INFANTIL

Grandísima curiosidad despertó este espectáculo, celebrado el 17 del pasado abril.

A las nueve de la mañana se hallaban reunidos en sus respectivos locales todos los niños de ambos sexos; y después de habérseles pasado lista por los profesores y auxiliares, se les distribuyó la medalla conmemorativa del festival.

A las nueve y veinte minutos se pusieron en marcha los escolares, dirigiéndose de dos en dos, precedidos del estandarte de la escuela y acompañados del maestro ó maestra y auxiliar, al sitio donde habían de reunirse todas las del distrito.

Precedidos de una banda militar, se encaminaron al hipódromo á las nueve y media, llegando poco después de las once.



La vaca y las palomas

Iban todos formados en filas de á diez, dándose la mano y marchando con mucha marcialidad.

La comitiva infantil fué recibida en el hipódromo por la Junta Municipal en pleno, presidida por el Sr. Abascal.

Entraron en el recinto doce mil niños y niñas.

Algo después de las doce llegó al sitio de la fiesta la reina regente, con sus hijos el rey D. Alfonso XIII, la princesa de Asturias y la infanta Maria Teresa en un *landau* cerrado.

De otros carruajes descendieron la infanta D.^a Isabel y la infanta D.^a Eulalia con su hijo.

D.^a Maria Cristina ocupó el centro de la tribuna regia, acompañada de la familia real.

Dió principio el festival entonando los alumnos, á una voz, la *Marcha real*, dedicada á la reina regente, y los himnos *A. S. M. el Rey*, *La Caridad*, *A la Patria*, *Los puntos cardinales*, *Al Excelentísimo Ayuntamiento*. El efecto de aquellas doce mil vocecitas cantando al unísono, con bastante entonación, era verdaderamente grandioso.

Terminados estos cánticos, una comisión de niños y niñas, acompañada de otra de la Junta, maestras, maestros y auxiliares, ofrecieron al rey niño y á la princesa de Asturias

dos álbums con trabajos caligráficos de los alumnos de todas las escuelas, y un estandarte de terciopelo morado bordado en oro.

A la una comenzó el desfile por las escuelas de párvulos, cantando los himnos *Los puntos cardinales* y *Al Excelentísimo Ayuntamiento*, que acompañaba la música del Hospicio, colocada en una tribuna, frente á la regia.

Precedidas por la música de ingenieros, llegaron después al desfile, tomando mayor carrera, las demás escuelas, marchando las niñas y los niños de cuatro en fondo, llevando el paso, y en general con mucha gallardía.

A las dos y media comenzó uno de los actos más importantes del festival: la merienda,



El perro de muestra

que aquellos angelitos esperaban con verdadera ansiedad para restaurar sus abatidas fuerzas.

La operación no se hizo ni con la rapidez ni con el orden que hubiera sido de desear. En eso, como en todo lo demás, se notaron faltas, hijas de la inexperiencia y que revelaban la ausencia de una autoridad única, pues allí mandaban todos y nadie sabía á quién obedecer.

A toque de corneta quedaron los niños en libertad para merendar y jugar.

A las tres y cuarto se suspendió el juego, y los colegios abandonaron el recinto del hipódromo, dirigiéndose por la puerta de Madrid hasta la estatua del marqués del Duero, cantando el pasacalle dedicado al Ayuntamiento y encaminándose después á sus respectivas escuelas por el camino más corto.

La familia real había abandonado la tribuna á las dos y media.

El desfile de carruajes, que fué animadísimo, ofrecía un golpe de vista indescriptible.

En el hipódromo habíanse colocado cuatro tiendas de campaña, cuyo material fué cedido por la Administración Militar, con destino á la Junta Municipal, maestros y auxiliares de ambos sexos; y otra para la inspección médica, en la que se habían instalado dos camas y otros tantos botiquines con guardia permanente de facultativos.

Sólo fueron asistidos unos veinte niños, mareados por el cansancio y el calor.

LA VACA Y LAS PALOMAS

Tengo una vaca, á la que he puesto por nombre *Brinda*. El vaquero la ordeña dos veces diarias, pero en cambio se la alimenta muy bien; y yo creo que el animal quiere mucho á su guardián, pues le lame la cara y las manos cuando se acerca. La vaca es tan dócil que permite á las palomas posarse sobre su lomo. Al principio las espantaba con la cola; mas ahora permanece inmóvil, y parece profesarles el mayor cariño.

EL PERRO DE MUESTRA

Cuando estábamos en Gales, teníamos uno de estos perros que llaman de muestra porque cuando ven una ave, un conejo ó una liebre permanecen inmóviles con una pata levantada para indicar á su amo dónde está la caza, y no se mueven hasta que aquél llega.

Nosotras somos tres niñas, y cada cual tiene su jaquita para pasear. La mía, llamada *Catalina*, era de color castaño con la cola muy negra. El perro, que contestaba con el nombre de *Carlo* nos acompañaba siempre, pues gustábase mucho correr por las colinas.

Cierta mañana monté á mi jaquita, y acompañada del perro dirigíme á un pueblo distante cinco millas de nuestra casa.

En el país de Gales hay muchos ríos y puentes de piedra entre las montañas, y éranos preciso atravesar tres ó cuatro antes de llegar al pueblo. Yo pasaba por ellos con mi jaquita, pero Carlo prefería bajar hasta la orilla y precipitarse en el agua.

Después de cruzar el último puente, observé, á poco, que el perro no parecía, y comencé á llamarle; pero fué inútil. Mi jaquita enderezó las orejas, extrañando, al parecer, tanto como yo, la falta de Carlo. Algo inquieta ya, comencé á buscar entre los matorrales á cada lado del camino, pensando que tal vez habría encontrado un ave ó una liebre.

Todas mis pesquisas fueron tiempo perdido. Yo no había oído decir nunca que un perro se hubiese ahogado, mas preocupábame lo que podía haber sucedido, y, por lo tanto, volví al puente y bajé hasta la orilla del río. Debajo de un arco formado por una roca y rodeado de agua, vi á

Carlo inmóvil, y llaméle al punto, mas no obedeció: con una pata levantada, y fija la vista en las ondas, parecía petrificado.

¿Qué os parece que hacía el perro? Pues se había puesto de muestra delante de una magnífica trucha que estaba en el agua junto á la roca. Yo creo que el pez estaba tan sorprendido como el perro, pues los dos se miraban fijamente.

Al fin tiré una piedra, y con esto pareció romperse el encanto: la trucha se perdió de vista, y el perro volvió á reunirse conmigo. El animal comprendió muy pronto que me había reído de él, y no volvió á ponerse nunca de muestra delante de un pez.

EL TEMOR Á LAS ARAÑAS

La niña Leonor saltó de su silla al observar que una araña estaba tejiendo su tela en un ángulo del techo.

- ¡Que bichos tan repugnantes!—exclamó.—Sólo el verlos me estremece.
- Pues son muy curiosos,—dijo la tía Magdalena;—tienen ocho ojos.
- ¡Dios mío!—exclamó la niña.—Tal vez me esté mirando á mi con todos ellos.
- También son muy aficionadas á la música,—añadió Magdalena.
- Pues no cantaré nunca, por temor de que bajen á escuchar,—repuso la niña.

—Las arañas,—continuó Magdalena,—anuncian el cambio de tiempo: si ha de llover tejen una hebra muy corta, y larga si ha de hacer buen tiempo.

—¡Que raro es esto!—exclamó la niña.

—Las arañas son muy interesantes,—prosiguió Magdalena.—El otro día vi una que llevaba una especie de bolsita sedosa, tejida por ella misma; y cuando se abrió salieron de ella muchas diminutas arañas, como las aves de un nido, y corrieron tras de su madre.

—Todo esto es muy extraordinario,—replicó la niña, olvidando así su temor á las arañas.

—Pues has de saber,—añadió la tía Magdalena,—que hay ciertas arañas que construyen una especie de balsa en la cual flotan para perseguir á las moscas.

—Me gustaría ver cómo la atan,—dijo Leonor.

—Forman una bola con simientes, uniendo éstas con la tela que fabrican; y has de saber que hay una especie que vive debajo del agua, en un nido semejante á una campana de buzo.

—Es asombroso.

—En la India,—continuó Magdalena,—hay otra especie, más maravillosa aún, que practica un agujero en tierra, y revístelo interiormente de una tela sedosa, y forma una puertecita que se abre ó cierra cuando la familia entra ó sale.

—Todo esto es muy interesante y me alegraré de poder observarlo alguna vez.



El temor á las arañas

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

—¿Qué habéis leído, niñas, sobre las pasadas épocas?

—Hemos leído las historias sobre los antiguos castillos y palacios, y sobre las costumbres de nuestros padres.

—Y ¿qué estáis leyendo ahora á la sombra de los árboles?

—Leemos lo que se dice sobre las glorias del presente, que nos dan á conocer muchas interesantes historias.

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

« Caballero:

» Os devuelvo el libro que me habéis dejado esta mañana. Nada de lo que contiene podría modificar mi opinión respecto á lo que os he dicho ya. Espero, caballero, por consiguiente, que no volveréis á hablarme ya de semejante asunto. Pensad que soy una pobre joven sin protección. Si insistís en tales cosas, me obligaréis á que tenga que dejar á la Sra. Hungerford, que es mi sola amiga; y Dios sabe dónde podría yo encontrar una bienhechora como ella. Mi pobre y anciano padre se encuentra en una casa de caridad, y allí permanecerá hasta que sus hijos hayan ganado con qué sostenerle. No creáis que os diga esto para excitar vuestra generosidad. Nada aceptaría, ni él tampoco, de cuanto pudieseis ofrecernos mientras abrigaseis iguales intenciones

para conmigo. Os suplico, caballero, tengáis piedad, y no injuriéis á aquellos que no podéis servir.

» Es de V. muy humilde servidora

» *Fanny Franchland.* »

El Sr. Folingsby quedó tan sorprendido como confuso cuando su tía le entregó esta carta y el libro conteniendo los billetes de banco. La Sra. Hungerford le refirió de qué manera había caído el libro en sus manos, y le echó en cara que hubiese expuesto á aquella joven á imputaciones funestas para su virtud.

—Fanny teme sembrar la desunión entre vos y yo,—continuó diciendo la Sra. Hungerford,—y no he podido conseguir que me diese una explicación que, estoy persuadida de ello, le haría mucho favor.

—¿No habéis leído, pues, esta carta? ¿Ha tomado, pues, su resolución sin consultarnos? ¡Qué encantadora niña!—exclamó el Sr. Folingsby.—¡Ea! Sea lo que fuese que podáis pensar de mí, quiero en su honor enseñaros lo que ha escrito.

Ya veréis cuántos agravios tengo que echarme en cara, y



El temor á las arañas

cuán bien merece la confianza que le concedéis.

Al mismo tiempo el Sr. Folingsby llamó para que engancharan en seguida.

—Parto al instante,—dijo.—Así Fanny no tendrá necesidad de abandonar la casa de una persona amiga para huir de mi presencia. En cuanto á esos billetes de banco, guardadlos, querida tía. Parece que su padre se encuentra en una verdadera miseria: quizás ahora, que he vuelto á mis justos sentimientos, no desdenará ella mis servicios. Entregadle esta suma cuando lo juzguéis conveniente. No podría yo hacer mejor uso de mi dinero, y quisiera haber hecho siempre tan buen empleo de mi fortuna.

Folingsby regresó á Londres, y su tía encontró que había, hasta cierto punto, atenuado su falta por la nobleza y generosidad de que acababa de dar pruebas.

V

El Sr. Reynoldo, el profesor de dibujo que daba sus lecciones en presencia de Fanny, parecía desde algún tiempo estar muy absorto en sus pensamientos. Mirando á Fanny había quedado, desde un principio, admirado de su belleza, pero había echado de ver que el Sr. Folingsby andaba enamorado de ella, y quiso estudiarla profundamente, resuelto á no dirigirle ninguna proposición hasta haber adquirido una certidumbre completa en asunto tan grave. Aquella modestia y reserva de Fanny habían determinado su afección y estaba impaciente por declarársela. Era hombre de excelente carácter, dotado de bastante carácter y actividad para estar en el caso de asegurar á su mujer y familia una posición independiente.

(Se continuará)

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Logogrifo
Camelia
Carta charadística
A propósito

Fuga de consonantes

Dicen, cuando bebo el agua
del amor en el arroyo:

el corazón: —Bebe, bebe;—
la cabeza: —Bobo, bobo.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

CHARADA

Hoy es el *prima dos tercera*,
y una *todo* le doy de afecto en prueba.

LUIS TERRAZA

ROMEO

1.ª línea vertical y horizontal,
consonante; 2.ª, metal; 3.ª, sitio
campestre; 4.ª, obra poética; 5.ª,
vocal. MANUEL HERNÁNDEZ

CUADRADO

1.ª línea vertical y horizontal, un animal;
2.ª, verbo en infinitivo, indicando la acción
de asegurar; 3.ª, objeto de loza; 4.ª, verbo
en infinitivo, indicando una labor agrícola.

MANUEL HERNÁNDEZ



Preguntas y respuestas

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.